Y
3795
EJ.1
1891

Para el Dr. Tomás Quevedo. - Atentísimo
Servidor.
El Autor.

DISCURSO

FAES
Biblioteca

PRONUNCIADO POR EL SR.

D. LUCIANO CARVALHO

En la sesión solemne de distribución de premios celebrada en la Universidad de Antioquia el día 22 de Noviembre de 1891.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
Sala de Patrimonio Documental

MEDELLIN—1891

Imprenta del Departamento.—Director, Alejandro Hernández y M.

TELÉFONO NÚMERO 114.

UNIVERSIDAD EAFIT ®
Sala de Patrimonio Documental

FAES
Biblioteca

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR.

D. LUCIANO CARVALHO

En la sesión solemne de distribución de premios celebrada en la Universidad de Antioquia el día 22 de Noviembre de 1891.

UNIVERSIDAD EAFIT ®
Sala de Patrimonio Documental

MEDELLIN—1891

Imprenta del Departamento.—Director, Alejandro Hernández y M.

TELÉFONO NÚMERO 114.

UNIVERSIDAD EAFIT ®
Sala de Patrimonio Documental

F/3795
Ej.1
1891

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. D. LUCIANO CARVALHO

En la sesión solemne de distribución de premios celebrada en la Universidad de Antioquia el día 22 de Noviembre de 1891

JÓVENES ESTUDIANTES:

Las profundas y violentas agitaciones del espíritu humano, en estos últimos tiempos, ora en el campo de las especulaciones mentales, ora en la esfera de la sociedad política y civil, producidas por una lógica subversiva, por una metafísica incoherente y por una moral emancipada de todo origen excelso, determinan la más imperiosa necesidad de dar recta dirección al estudio de la Filosofía.

La Filosofía moderna ha rompido orgullosamente con la antigua sabiduría, y, proclamando la autonomía de la razón, se ha emancipado de las sublimes inspiraciones de la fe. Y ¿cuál ha sido la labor de esta Filosofía?

¡Jóvenes! El hombre es estatua viva cincelada por soberano escultor. Vedle: la frente lleva enhiesta como el que espera ser coronado por ángeles. Su palabra se anima y enardece cuando trata de asuntos inmortales, como si tuviera presentes á la intuición de su pensamiento las célicas mansiones de donde ha descendido su alma. Su gallarda figura se ostenta recta y vertical para protestar ante el mundo, contra el torpe materialismo, que su destinación final no está ceñida al cerco de la tierra, sino que se extiende por los eternos y relucientes espacios de lo infinito.

Pues bien: la filosofía moderna ha venido desfigurando esta bella obra, en que el buril de la Providencia ha puesto contornos y perfiles reveladores de aquella centella divina que Dios encendió en las sublimes profundidades de esa estatua primorosa. En efecto: ¿no veis cómo esa filosofía ahora huella el poder de la razón, proclamando el sensualismo, doctrina ponzoñosa que *cuaja como leche* el corazón del hombre, á fuerza de concupiscencia; ahora viola cínicamente los fueros del sentido común, proclamando aquel idealismo delirante y absurdo exprimido en esta proposición de Teófilo Fichte: "Yo razón no soy sino un sueño en el sueño mismo soñado"? ¿No veis cómo tiende á asfixiar la inteligencia metiéndola dentro de la campana neumática del escepticismo, ó á sepultar la diadema espiritual del alma humana en el fangoso y brutal materialismo? No hay principio que no haya sido audazmente violado: hasta las leyes fundamentales ideológicas han sido perturbadas con la identificación de los contrarios, doctrina absurda de Hegel que enseña ser una misma cosa lo absoluto y lo relativo, el ser y el no ser, el bien y el mal, la necesidad y la libertad.

Donación XI-95- Familia Cock

En presencia de tan profundos extravíos y tan extravagantes delirios, el gran Pontífice León XIII ha ordenado la restauración de la Filosofía escolástica, esto es, de la verdadera Filosofía, cuya excelencia sobre las demás ciencias racionales, y cuya importancia en sus relaciones con la fe, forman, aunque muy imperfectamente compendiado, el tema de este discurso.

II

Y bien: ¿cuál es la verdadera Filosofía? La verdadera Filosofía es aquella que enaltece el entendimiento, vindicando los legítimos derechos de la razón humana; aquella que fortalece la voluntad defendiendo las prerrogativas de la ley eterna; aquella que embellece el alma, infundiéndole poderosas energías para mantener las simétricas concordancias de los elementos constitutivos de la naturaleza humana; aquella que coloca al hombre en el justo nivel que le corresponde, no elevándole presuntuosamente á la categoría del ángel ni haciéndole descender vilmente al escalón del animal, sino poniéndole en el trono que merece la nativa excelencia de su propia naturaleza.

Tal es la verdadera Filosofía, cuya restauración se ha inaugurado en Roma; en Roma, donde arde perpetuamente, en sereno tabernáculo, el foco de sabiduría moral, sobre la tierra; en Roma, de donde se lanza sobre el mundo á manera de rayo refulgente, aquella palabra que ilustra, aquella palabra que consuela, aquella palabra que ordena, aquella palabra que prohíbe, aquella palabra que ensalza, aquella palabra que reprueba, aquella palabra, en fin, que sostiene en su eje la esfera de la libertad humana, y que nutre y sustenta el orden moral del Cristianismo, en medio de las magnificencias y sombras de la civilización europea.

Si la razón humana es la luz del rostro de Dios impresa en nuestras almas, según el pensamiento de David; si se deriva de la razón divina, como imagen, según el sentir de los más ínclitos filósofos; si, conforme á la común opinión del género humano, es diadema esplendorosa que ciñe la sien del hombre, como insignia sublime de la alteza de su estirpe y de su indisputable primacía, evidentemente esta virtud operativa es el supremo criterio de nuestro espíritu para el conocimiento de lo verdadero, y la norma inmediata de nuestra inviolable libertad.

Sagrados son, por tanto, los derechos de la razón, y legítimas sus funciones dentro de los lindes señalados por las leyes primordiales que rigen la inteligencia. Fanal encendido en nuestras almas, engendra con su ardua y perseverante labor, la *ciencia prima*, que extiende su dominación á todas las esferas del orden natural, de tal manera que todos los conocimientos de la mente humana están encerrados en el recinto de sus concepciones y de sus actos judicativos.

Por esta razón la Filosofía es la más una, la más universal, la más egregia de las ciencias. Ciertamente: remontarse el espíritu con el poder de la abstracción al conocimiento de las esencias de las cosas, esencias ocultas en las primorosas formas sensibles que constituyen la belleza estética del mundo, y luégo labrar y penetrar en aquellas verdades que por su refulgencia y primacía están colocadas sobre el pináculo de los conocimientos humanos, para hacer brotar de aquellas cimas luminosas armónicas cascadas de verdades que constituyen lo que se llama ciencia racional, es evidentemente

la labor que más sublima al entendimiento, que más realza á la voluntad, que más engrandece al hombre.

Por otra parte: adquirir conocimiento de la verdad es excelente; pero adquirir la perfección de este conocimiento es excelentísimo; y tal es el objeto de la Filosofía que, con razón amplia, serena, penetrante y sutil, tiende sin cesar á perfeccionar nuestra mente. Es con la antorcha de la Metafísica con la que podemos leer en el recóndito principio de la vida, en el enigma del instante inicial del movimiento, en el misterio del tiempo, en el arcano del espacio, en las profundidades tenebrosas de la naturaleza de los cuerpos. Es con la antorcha de la Metafísica con la que pueden explicarse los títulos nobiliarios del alma humana, el hondo misterio de nuestra vida dolorosa y los inmortales destinos á que, sin cesar, aspiramos. Es con la antorcha de la Metafísica con la que, después de haber meditado sobre la maravillosa trabazón de operaciones y de fines especiales de los seres que constituyen el orden cósmico, nos remontamos al conocimiento de aquella Causa Suprema del universo que lanzó al espacio las primitivas nebulosas, coordinó los ejes de las esferas y extendió el éter en los mundos.

La Filosofía es el sol en el firmamento de las ciencias racionales. Las ondas luminosas que salen de su foco alumbran el punto de partida, el proceso y el término de cada ciencia especial. Los ramos diversos del humano saber se sustentan de la fuerza vital que la Filosofía les comunica, porque de su elevada sede emana el jugo que nutre, el rayo que alumbra, el calor que vivifica, el manantial que fertiliza. Por esta razón la más grande de todas las civilizaciones es aquella cuyos elementos intelectuales están vivificados por una profunda metafísica.

Del primado de la Filosofía fácil es inferir su inmensa importancia en el estudio de las demás ciencias, como subordinadas á ella. En efecto: no es con lente de cristal con que el físico se apodera del átomo dinámico invisible á ver de explicar los principios esenciales de los cuerpos, nó; es con el ojo de la Filosofía con que el sabio naturalista puede leer en los elementos constitutivos de la naturaleza material. Tan profunda cuestión, hiperfísica como es, traspasa el alcance de los sentidos y supera, por tanto, el poder del más perfecto microscopio; investigación tan difícil, sobre un objeto aprisionado en los fenómenos sensibles, no cabe en el recinto de la física ni de la química; ella pertenece á la exclusiva jurisdicción de la Filosofía, la cual, fecundando la observación con el raciocinio, puede alcanzarnos conocimientos de aquellos principios esenciales.

Meditad sobre una fórmula algebraica, síntesis maravillosa del pensamiento matemático, y os convenceréis de que su valor científico depende de la universalidad de los conceptos que representa y de la rigurosa subordinación de los procedimientos que la originan, á las leyes inflexibles de la lógica. Si el Algebra es sublime, lo es por la virtud abstractiva con que la mente humana ha tomado de la cantidad la nuda esencia; lo es por la aprensiva del entendimiento que, considerando el *número, peso y medida* que el divino Matemático ha puesto en todas las cosas, ha concentrado este admirable terno de elementos en un solo ejemplar, en una sola idea, que constituye la forma universal de aquella ciencia prodigiosa. A este modo admirable de concebir la cantidad, corresponde el ingenioso lenguaje de que el Algebra se sirve, pasmosa taquigrafía de las operaciones inteleetuales que nuestra mente engendra, á medida que van desfilando ante sus ojos las infinitas relacio-

nes y deslumbradoras armonías de la cantidad. En una palabra: el Algebra es admirable por la reflexión ontológica y el lógico procedimiento que en ella predominan.

Reflexionad ahora sobre aquellas ciencias especiales que tienen por objeto al hombre, en calidad de viviente organizado, y que constituyen la simpática ciencia médica. Decidme: ¿podrán prescindir de la sana Filosofía en la adquisición de una idea completa de la vida? Evidentemente no, y la razón es obvia. No es con instrumento de bruñido acero con que el hábil cirujano puede penetrar en las profundidades del organismo para hallar el principio vital que se difunde en todas las moléculas del cuerpo, nó; es con recto y sutil razonamiento con que el médico verdadero puede ahondar en el doloroso secreto de la vida y descifrar ese maravilloso anillo que une en un solo sér sustancial los dos coprincipios de naturaleza antitética: el espíritu y la materia. Funciónase admirablemente con el escalpelo en uno de los factores de la vida; mas por prolijas que sean las observaciones, si no se adunan con las lucubraciones filosóficas del sano entendimiento, ineludiblemente darán de ella una noción inexacta; y entonces ¿podrá fundarse verdadera ciencia médica? ¿Podrá juzgarse rectamente sobre la enfermedad y la salud si el concepto de la vida, objeto capital á que la ciencia se dirige, es evidentemente incompleto? Imposible; y en este punto la experiencia concuerda admirablemente con la deducción científica. La Historia atestigua la miopía intelectual de aquella escuela médica que, prescindiendo del principio vital que informa al cuerpo, considera la vida como un complejo armónico de movimientos mecánicos; al mismo tiempo que manifiesta la amplia mirada y los notables progresos de aquella otra escuela que reconoce como constitutivos elementos de la vida humana la acción incesante y recíproca del espíritu y del cuerpo, á virtud de la cual las angustias y las alegrías del primero se reflejan en el segundo, así como los deleites y los padecimientos de la carne se reflejan en el alma.

¿Y qué pensar de la nobilísima ciencia jurídica que enseña al hombre á realizar en la tierra el fin proporcionado á su ingénita libertad, el cual consiste no en reposar, sino en desenvolver constantemente la libre actividad, por el camino del honor, de la conciencia limpia y de la justa independencia, hacia la posesión del Sumo Bien? Guía del pensamiento, la Filosofía señala al hombre la meta de la sabiduría, enseñándole la norma suprema de sus actos, en todas las esferas de su actividad humana; y fácil es comprender cuán poderosamente influye en el destino del hombre, en la suerte de las naciones. Ella es la que, remontándose á las supremas razones de la rectitud moral, ilumina las sendas del deber, y levanta sobre inmóviles cimientos el inviolable derecho del hombre en su majestad augusta; la que en elevado tribunal tiene bendiciones para la virtud y anatemas para el vicio; la que, con agudísimo espíritu, penetra en el hondo abismo de la libertad humana; de aquella libertad tan grande y tan egregia, que fue corona con que Dios puso remate á la hermosura del alma; de aquella libertad tan soberana y tremenda, que ha venido á ser perpetuo motor de las agitaciones del espíritu humano, en toda la realidad histórica del hombre; de aquella libertad, en fin, tan ínclita y sublime, que por ella resplandecen en el sombrío y ensangrentado cuadro del género humano, el heroísmo y la fortaleza, la abnegación y el sacrificio.

Valiosísima es la parte que pertenece á la Filosofía en la felicidad de las naciones. La justicia, ley rectora de los gobiernos, asunto es de esclarecida enseñanza filosófica. ¿No es la sana Filosofía la que impulsa á la sociedad hacia la adquisición del mérito moral por la virtud? ¿No es ella la que más

coopera con su elevada doctrina, al engrandecimiento de los pueblos, ilustrando las conciencias, dirigiendo las voluntades, purificando los afectos, encendiendo en los corazones la llama del patriotismo, infundiendo en los ánimos respeto al derecho, acatamiento á la libertad, veneración á la ley y amor al trabajo ?

Tan grande es la influencia de la Filosofía en la vida del hombre, que la prosperidad de los pueblos depende en gran parte de las ideas filosóficas dominantes. El espectro del socialismo, cuestión palpitante en el mundo civilizado, que hace estremecer los tronos y las clases cultas y nobiliarias, efecto es de filosofía materialista que, no considerando los dos factores contendientes del problema como elementos de un orden superior, juzga que son términos de antagonismo antipático que deben suprimirse, distribuyendo la propiedad por iguales partes entre todos los asociados.

Pero sólo la sana Filosofía, en consonancia con el Evangelio, ha dado solución sapientísima á este problema temeroso en la última magistral encíclica de la Santidad de León XIII. Las categorías sociales obras son de la Providencia que las ha ordenado al fin mismo de la sociedad y al ejercicio de las grandes virtudes cristianas de caridad y de resignación. De ahí las hondas conmociones y los recios sacudimientos al intentar nivelarlas con igual rasero. Amar y respetar la ley providencial de las jerarquías, hé aquí la solución del problema, y cuando este amor y este respeto reinan en las naciones, entonces la caridad, descendiendo de las cumbres de la opulencia, y la resignación subiendo del fondo de la miseria, se encuentran y coordinan simpáticamente en el centro radiante de la justicia para formar en el orden social, impuesto por la Providencia, las más sublimes y encantadoras armonías.

En una palabra: si las soberbias torres de aquellos monumentos levantados por el genio del hombre y que se llaman ciencias racionales, no están iluminadas por las luces de la Filosofía, nada dirán á la fuerza abstractiva del pensamiento, á la mirada escrutadora del espíritu, que ve más allá del fenómeno físico, de la parábola astronómica y del acontecimiento social, la razón que preside, la causa que engendra, la ley que rige y el fin que domina.

Pasemos al punto segundo.

III

Salidas del mismo seno de Dios la fe y la razón han sido ordenadas para asociarse en augusta alianza, no para funcionar en líneas paralelas, porque el orden exige subordinación y jerarquía, mucho menos para constituirse en perpetua rivalidad, porque, procediendo de un mismo principio, la contradicción es imposible. Por esta razón en el alma del creyente se consuma la cópula inefable del dón natural de la razón con la virtud infusa de la fe, que es tanto como decir, el consorcio estupendo de la Revelación con la sana Filosofía.

En efecto: ordénase la razón al conocimiento de verdades naturales; ordénase la fe, en parte, al asenso de verdades pertenecientes á un orden superior. Son dos coronas que el espíritu ha recibido de un mismo trono. La razón es el ojo adecuado de nuestro espíritu para leer en el fondo de las cosas naturales; la fe es el *telescopio* fabricado por Dios para el entendimiento humano, á fin de que el hombre pueda mirar, en altísimo firmamento, las celestiales nebulosas que sólo pueden resolverse con el poderoso instrumento de la visión divina, en el alto y eterno observatorio levanta-

do más allá de la tumba. Que esto es evidentemente racional, no cabe la menor duda, porque infinito como es Dios, y finito como es el hombre, verdades debe haber escondidas en el santuario refulgente de la naturaleza divina, accesible sólo á la soberana razón de Dios.

En efecto: si todas las verdades perteneciesen á la jurisdicción del entendimiento humano, en nada se distinguiría entonces la mente de Dios de la del hombre; y la identidad de la inteligencia divina, con la inteligencia humana, sería la consecuencia forzosa de tan absurda doctrina. ¿Pero qué es la razón del hombre en presencia de la de Dios? Por más que prolonguéis el rayo visual de la inteligencia humana, le hallaréis siempre limitado por la contingencia de su naturaleza. La perenne labor intelectual en que ha venido agitándose el espíritu del hombre, durante sesenta siglos de prolijas investigaciones; todo el progreso de las ciencias, todo el esplendor de las letras, toda la prosperidad de las artes, todo el adelanto de la industria, toda la excelencia de las leyes y toda la perfección de las instituciones políticas y civiles; todos los portentosos descubrimientos y las útiles invenciones, realizados por la perseverancia de la voluntad y la inspiración del genio, en seis mil años de estudio, son tela de araña en presencia del inmenso tejido de misterios que la naturaleza oculta á la pupila del hombre; y sin embargo, el mundo, con todo el esplendor de sus hechizos, y toda la refulgencia de sus pompas, es apenas la franja del manto arrebolado que viste Dios en las alturas de los cielos. De lo cual se sigue como consecuencia ilativa que la existencia del dogma es una verdad altamente filosófica.

La fe y la razón, como derivadas de un mismo principio supremo y como aposentadas en la indivisible inteligencia del espíritu, se auxilian recíprocamente en sus funciones peculiares. La fe es el supremo directorio del entendimiento en aquella esfera infinita en que el rayo de la razón no alcanza á disipar las augustas sombras que velan las más altas verdades en lo más tranquilo de los cielos. Por la fe, la razón humana tiene acceso á las eternas mansiones donde reside lo infinito, en toda la majestad de su poder, en toda la magnificencia de su verbo, en toda la fecundidad de su amor. Por la fe, la razón humana ha engendrado la concepción más colosal, más brillante y más hermosa, sobre la naturaleza de Dios, y la acabada perfección de sus relaciones esenciales en el seno inmaculado de su sér. Por la fe, la razón humana ha venido en conocimiento del génesis del mal moral sobre la tierra. La Filosofía había sido impotente para ahondar en el profundo arcano de la libertad humana. La formidable antítesis de bienes y de males, el perpetuo antagonismo entre el heroísmo y la cobardía moral, entre las venturas y las catástrofes sociales, efectos opuestos é incompatibles, y no obstante procedentes del fondo indivisible del libre albedrío del hombre; todas estas misteriosas obscuridades habían eclipsado la limitada comprensión humana, y la Filosofía se había sentido impotente para resolver el pavoroso problema de la depravación de la libertad en el hombre. Pero ilustrada con la Revelación ha podido enriquecer la Etica con ideas más claras respecto de la libertad, y penetrar con sonda luminosa en aquellas verdades fundamentales sobre las cuales reposan las sociedades modernas, como en anchos é inmóviles cimientos: la justicia, el derecho y el deber. ¿Quién podrá formarse concepto exacto de la grande y benéfica influencia que la fe ha tenido en el Derecho, tanto individual como social? ¿Dónde está esa balanza portentosa en que pueda pesarse la parte inmensa de bien público, de felicidad nacional, que justamente le corresponde á la Revelación, en el admirable consorcio con la razón humana?

Yá veis, jóvenes, cuán inmensa es la luz que la Filosofía debe á las inspiraciones de la Revelación.

Sintiéndose la razón dulcemente enaltecida con las fecundas y sublimes inspiraciones de la fe, ha desplegado en defensa de la Revelación su fuerza operativa para dar fundamento racional al asenso que el entendimiento presta á las verdades reveladas.

De aquí aquellas grandes obras de Apologética cristiana en que campean la profundidad metafísica con la suntuosa erudición, la grandeza del concepto con la sencillez de la forma, la audacia de la idea con la prudencia del juicio, el claro ingenio con la sutileza del talento. En esos monumentos inmortales se ha demostrado, con exuberancia de razonamiento, el hecho de la Revelación, especialmente en sus tres solemnes manifestaciones, es decir, se ha demostrado que Dios habló al hombre en las frescas y virginales auras del Edén, como si su espíritu, complacido con los nuevos encantos de la creación, se meciese dulcemente en las flores sin mancilla de aquel Paraíso sin rival; que Dios habló al hombre sobre la humeante cima del Sinaí, donde simbolizaba el trueno el timbre de su palabra, y el relámpago el esplendor de su pensamiento; que no queriendo Dios hablar al hombre en aéreas y brillantes *teofanías*, sino de una manera más directa, más sencilla, más palpable, hízose carne y ejerció el magisterio de la enseñanza y obró estupendos prodigios, en medio de muchedumbres que, con entusiasmo, le escuchaban.

Y para llegar á la certidumbre de este hecho portentoso, la razón ha examinado y discutido, con inflexible lógica, las dos grandes obras con que la Providencia ha confirmado la verdad de su doctrina: la profecía y el milagro. Causa asombro la amplitud y profundidad de saber con que grandes doctores y eminentes apologistas han comprobado la verdad de esos dos elocuentes testimonios.

En efecto: la razón, penetrando con rayo escrutador en los pliegues íntimos del libre albedrío del hombre, en sus misteriosas relaciones con la omnipresencia divina, ha puesto en claro que anunciar sucesos venideros con siglos de anticipación, no dominados por leyes naturales, ni sometidos á cálculos matemáticos, sino derivados de la libertad humana, en cuyo fondo perpetuamente movedizo se agitan gigantescos vaivenes y contradictorios antojos, es operación tan alta y admirable, que el genio más pujante y el talento más colosal no pueden realizar con sus solas fuerzas naturales. El flaco entendimiento humano no tiene la intuición del porvenir en los arcanos de la libertad. Sólo Dios que dirige, con soberana razón, los futuros libres y los sucesos necesarios, puede dar al hombre intuiciones proféticas y poner en sus labios anuncios maravillosos.

Cuanto á la existencia del milagro, la razón cristiana ha sostenido formidable controversia contra la ciencia atea y materialista, y adquirido en el combate las palmas de la victoria. Pocas verdades, como ésta, han sido tan violentamente atacadas por los adversarios del Cristianismo. Sobre este punto dirige sus dardos la ciencia libre, como modernamente se dice, ciencia ampulosa en las palabras y superficial en los conceptos, ciencia fantástica y henchida de hipótesis arbitrarias.

Pero la sana razón, remontándose al sereno y elevado tribunal de la Filosofía, é internándose en la Teodicea, la Cosmología, la Física y la Mecánica racional, ha puesto en clarísima evidencia que el milagro es manifestación brillante y elocuente de la autonomía de Dios, que lleva en su mano

las bridas de los mundos, y cuya libérrima voluntad no está ceñida al concertado encadenamiento mecánico que ordinariamente ostenta el universo; que extraño y maravilloso como es, el milagro deriva su realidad con todos los acontecimientos normales de la creación, de un mismo y único decreto del Legislador divino; y que su insólita manifestación es aparente nota discordante en el concierto ordinario de los fenómenos naturales, pero nota robustamente cadenciosa en el gran concierto universal donde se enlazan con inimitables armonías, la justicia de Dios con el mérito del hombre, la eternidad con el tiempo. De esta manera, la razón, usando de sus imprescriptibles derechos, se une íntimamente con la fe, en alianza inefable; y levanta, según el pensamiento de Leibnitz, los pedestales del Cristianismo.

Ordenadas la fe y la razón para darse abrazo fraternal en el fondo del alma, ilustra la primera á la segunda dándole paso á lo infinito; y la segunda justifica á la primera, defendiéndola contra los ataques de la incredulidad científica. Por eso en los tiempos modernos en que los progresos de las ciencias naturales han engendrado profundo desdén por la Revelación, la razón ha desplegado su poderosa actividad en la lid tremenda que le ha presentado la filosofía positivista, doctrina que comprende la suma de todos los odios y de todas las contradicciones que tienen por asunto la verdad del Cristianismo.

El positivismo al proclamar los sentidos como los faros de la ciencia, decapita al espíritu humano suprimiéndole las más nobles y levantadas facultades. Toda especulación mental y toda aspiración sobrehumana que tengan por objeto lo Infinito, lo Eterno, lo Hermoso, lo Perfecto, son para esa filosofía delirios de la mente humana, sueños de la imaginación; tal filosofía no presta asentimiento sino á los telescopios, laboratorios y retortas, como si la razón en sus más elevadas concepciones, y la voluntad en sus más inmaculados apetitos, no fueran potencias tan naturales y legítimas como la facultad de sentir. ¡Extraña manera de pensar! ¡La incredulidad científica declama contra la tiranía de la fe, y quiere imponer á la razón la tiranía de los sentidos!

No hay para esa filosofía, ni teodicea, ni ética, ni antropología, ni metafísica. No busquéis en ella á Dios ni al espíritu del hombre; ni investigueis en qué consiste la excelencia del amor, ni la fuerza de la virtud, ni la ingénita repugnancia que siente el corazón por el mal, ni la justicia del galardón, ni la razón de las desventuras que aquejan al hombre y afligen á las naciones; ni si hay en el alma alguna fuerza secreta que la ponga en comunicación con un mundo ultraterreno, con un mundo, en fin, donde puedan realizarse sus más castos deseos y sus más santas esperanzas. Nó, no busquéis en ella tan consoladoras y tan eximias verdades, porque la capa de fango que el positivismo arroja sobre la frente del hombre, le impide levantar al cielo una mirada franca, una mirada libre, una mirada limpia, capaz de penetrar en las eternas moradas de Aquel que ha puesto en nuestro espíritu el fanal de la razón y el cetro de la libertad.

En calidad de matemática, la filosofía positivista proclama no haber otra verdad que la que se manifiesta con evidencia geométrica: criterio infecundo, estrecho recinto incapaz de contener toda la actividad de la razón. Si las matemáticas son esclarecidas, otras ciencias hay que le superan por la alteza de su objeto. Fuera del campo matemático, donde ostenta la verdad su rígido perfil, se extienden los horizontes inconmensurables de la libertad, de donde brota el rico y gigantesco tejido de la Historia con los prodigios

de la civilización ó los estragos de la barbarie. Las relaciones entre Dios y el hombre son de un orden tan excelente y tan alto, tan superior á ese linaje de verdades que pueden depurarse en el crisol de la evidencia geométrica que, cuando el reposo de la conciencia se turba, cuando brama el huracán de las pasiones, y rompen las muchedumbres el freno de la obediencia, sólo la justicia, invisible é impalpable, acorazada con la fuerza, puede devolver á la sociedad el reposo público y levantar sobre las tremendas sacudidas el trono del derecho. Las ciencias de la cantidad y las ciencias naturales son impotentes para impedir las discordias, vencer las rebeliones y devolver á los pueblos el imperio de la paz. Más fácil es colocar una pirámide verticalmente por el vértice, sobre un plano pulimentado, que apoyar todos los conocimientos humanos en el mero criterio de la evidencia geométrica.

Pero en lo que más se esfuerza el positivismo es en demostrar que la Revelación y la ciencia son completamente antagónicas; y hé aquí la gran cuestión que conmueve las entrañas del mundo moral y religioso, y en la cual la razón en defensa de la fe obtiene constantemente de la verdad coronas inmortales. Combate más formidable no habían presenciado los siglos. La impiedad aguza su ingenio y apura su saber. No hay ciencia que no explote, que no estudie, que no analice sistemáticamente. Teorías preconcebidas se levantan airadas y marchan de frente contra el relato de la Biblia. Pues bien: en ese campo inmenso de batalla la razón, remontándose á las tranquilas regiones de la sana Filosofía, derrama cataratas de luz sobre los densos nublados que la negación científica levanta para obscurecer las verdades enseñadas por la Revelación. El campo del combate se ilumina, y estudios más extensos, especulaciones más profundas, dan las palmas del triunfo á la verdadera ciencia.

En efecto: ¿qué entendimiento sincero podrá aceptar la teoría transformista darwiniana, según la cual de un protoorganismo inconsciente se ha desenvuelto la magnífica variedad de substancias orgánicas que, en progreso ascensional, embellecen nuestro planeta? ¿No hay aquí un efecto inconmensurablemente mayor que la causa? La hipótesis de Darwin es evidentemente antiontológica, y este libelo de repudio que le da la razón en el campo de la Filosofía, lo reitera después en el campo de la experiencia. Excavad la corteza de nuestro globo, y en sus necrópolis geológicas, extendidas como las hojas de un libro, en que la naturaleza ha escrito sus alumbramientos prodigiosos y sus tremendas catástrofes, veréis grabadas, con caracteres anatómicos, la inmutabilidad de las especies.

La generación espontánea ha sido otra de las cuestiones más ardientemente discutidas, y bien: ¿qué dice la Metafísica sobre esta cuestión biogenésica? Que un sér organizado no puede proceder de la materia inerte, en calidad de causa primera y principal; que el paso de la muerte á la vida, sin intervención de Dios, es notoriamente absurdo, como contradictorio del fundamental principio de causalidad. Tan incontrastable es esta deducción filosófica que el arte de experimentar la ha confirmado admirablemente con sus procedimientos nobilísimos. Los heterogenistas han inclinado las frentes ante los panspermistas, y la incredulidad científica ha enmudecido ante las brillantes manipulaciones de Pasteur.

Las graves dificultades presentadas por la Paleontología para poner en concordancia las páginas del libro de la naturaleza con el libro de Moisés, puede decirse que han desaparecido, pues no deben considerarse como idóneas, hipótesis más ó menos ingeniosas presentadas por una ciencia que se ha dividido en tres parcialidades. ¿No hay paleontólogos, según el testimonio de Cosset, que, como Tomás Chalmers, Schúbert y Butklamd, sostienen

que las revoluciones biológicas pueden colocarse antes de la semana genesiaca? ¿No hay otros que, como Delitzsch, opinan que las catástrofes del globo han tenido lugar entre el tercero día de las creaciones hexaméricas y la aparición del hombre? Y, no hay otros, en fin, que, como Keil y Franz de Marenzi, sostienen que la formación de las capas geológicas son posteriores á la creación de Adán, y que las faunas y floras prehistóricas son sueños de la imaginación? ¿Cuál de estos grupos es representante de la ciencia?

¿Y qué pensar de la impía y absurda afirmación de la escuela materialista, resumen de todas las enseñanzas subversivas: la eternidad del átomo, la eternidad de la materia? ¡Oh, cuán sabiamente ha dicho un eminente apologista: "Los católicos adoramos obscuridades lógicas, los ateos creen en absurdos palpables." ¡Y en verdad: según el materialismo, del átomo procede la íntegra totalidad del universo mundo, es decir, brotan del átomo los armónicos movimientos de los astros y la serie inmensa de organismos que, en creciente y maravillosa escala de vida, engalanan la creación; brotan del átomo la atrevida imaginación del artista, el talento severo del matemático, la elocuencia arrebatadora del orador, el genio que impulsa la ciencia y el ideal que fulgura en la fantasía del poeta; brota del átomo el libre albedrío del hombre con sus ilustres hazañas y sus sublimes amores y sus heroicos martirios, es decir, del átomo muerto proceden *científicamente* la vida, la sensación, la razón y la libertad! ¿Puede el entendimiento sano devorar absurdos tan palmarios?

De esta manera la Filosofía desenvuelve su actividad en defensa de la Revelación, y la razón entra en íntima y augusta alianza con la fe.

IV

¡Jóvenes! Por lo expuesto en este largo discurso habréis comprendido la excelencia de la Filosofía sobre las demás ciencias racionales, y cuán necesaria es para la defensa de la fe. Mas en los tiempos presentes en que la lucha empeñada entre el catolicismo y todas las sectas subversivas producen en la sociedad convulsiones espasmódicas; en que los pontífices del positivismo cierran los párpados de la mente para no ver la luz que irradia el limpio reflector de la palabra de Dios, colocado sobre la tierra en cátedra altísima y serena; en que el veneno de pésimas doctrinas se brinda á la juventud en libros decorados con fraseología científica; y en que los bandos beligerantes en que se ha dividido la humanidad, se disputan en lucha portentosa, los intereses más caros para el hombre: la civilización en la tierra y la dicha en el cielo, evidentemente el estudio de la Filosofía adquiere una importancia suma.

En toda contienda en que se lucha por el triunfo de un programa de verdades que deben servir de inmóviles peanas sobre las cuales debe levantarse la civilización más radiante que puede desenvolverse en los inmensos pliegues de los siglos, en esa contienda se lucha, se lidia, por el triunfo más glorioso del pensamiento humano.

¡Batalla formidable, lid tremenda aquella que tiene por arena el santuario de la conciencia! Es la palestra en que luchan las almas! Adestraos, pues, para el combate. No temáis al sofista: sus dardos se rompen en la diamantina armadura de la verdad. Bebed en el torrente de aguas vivas que descienden de las cumbres luminosas de la Filosofía y templad los corazones en el horno de la fortaleza para que así podáis defender, con indomable denuedo, los derechos de la razón y las prerrogativas de la fe.

He concluído.

FAES

SALA DE PATRIMONIO DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

UNIVERSIDAD EAFIT
Sala de Patrimonio Documental

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT
100125823